

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVIII JORNADAS

VOLUMEN 14 (2008)

Horacio Faas  
Hernán Severgnini

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



# Descubrimiento dialéctico de principios y método diaporemático en Aristóteles

Fabián Mié

## Introducción

En el presente trabajo me propongo ofrecer un análisis parcial de la teoría aristotélica de la dialéctica que aparece en los *Tópicos*, destacando algunos de sus aspectos epistemológicos principales, para llegar a considerar la utilidad científica de la dialéctica y su contribución relativa a los principios de las ciencias a través del método diaporemático. Persigo aquí una idea que permite modificar y precisar una sugerencia que traté de exponer en un trabajo aparecido en el anterior volumen de esta misma publicación. Allí traté de distinguir los roles que desempeñan las creencias y las observaciones en la ciencia, teniendo en cuenta, sin embargo, que ambas cosas tienen en común el hecho de que son *phainómena*. Ese aspecto común “fenoménico” que corresponde a creencias y observaciones fue destacado ya por G. E. L. Owen<sup>1</sup>, y aceptado por muchos intérpretes posteriores, como Martha C. Nussbaum<sup>2</sup> y John Cleary<sup>3</sup>. Las discrepancias atañen, empero, a la explicación del aporte que entrañaría tal carácter fenoménico de creencias y observaciones en relación con la elaboración de la base empírica de las ciencias. Los intérpretes oscilan, *grosso modo*<sup>4</sup>, entre proponer una equiparación (Nussbaum) entre creencias y observación –con lo cual la noción de base “empírica” para la inducción de principios tiende a explicarse en un sentido fuertemente reactivo a aceptar datos observacionales duros, y la justificación de una teoría se entiende en un sentido coherentista–; otros autores (Irwin<sup>5</sup>) trazan una marcada distinción entre creencias y observaciones –tendiendo, entonces, a diferenciar tajantemente entre investigaciones empíricas y dialécticas, y reservando sólo para las primeras una noción adecuacionista de justificación y verdad–; un tercer grupo (Cleary) pretende mantener una distinción entre ambos tipos de fenómenos, sin que ello entrañe un dualismo metodológico ni dos modelos de ciencia que se aplicarían en las investigaciones éticas y naturales, respectivamente. Por mi parte, me inclino a aceptar, junto con esta tercera posición, un monismo metodológico en Aristóteles. Dentro de esta línea, creo que un problema que aun debe plantearse es el de la razón por la cual la dialéctica representa un tratamiento adecuado en esa instancia científica programática que está constituida por la inducción de los principios, dando cuenta de que, si no existe un dualismo metodológico, la “inducción dialéctica” de los principios no puede entrañar una pérdida de base empírica para las ciencias. De esta manera, la relevancia de las creencias aceptadas (*éndoxa*) no residiría meramente en ese rasgo general por el cual ellas configuran el marco conceptual de nuestra comprensión, sino que se legitimaría para ellas el papel que realmente parecen desempeñar en textos representativos, como *Física I*, donde Aristóteles opera dialécticamente para obtener los principios de la ciencia natural a partir de las opiniones de sus predecesores.

---

\* CONICET-UNC-UNL

## 2. Algunos aspectos técnicos de la dialéctica

A fin de mostrar por qué creo que la dialéctica ofrece la metodología adecuada para descubrir los principios de las ciencias, empezaré con una breve consideración de algunos conceptos básicos cuya clarificación Aristóteles aborda en su teoría de la dialéctica (especialmente, en *Tópicos* I y VIII), dado que algunas principales discrepancias en las interpretaciones actuales enraízan, en buena medida, en la ponderación que se hace de esos conceptos al considerar el uso científico de la dialéctica en el descubrimiento de los principios, que se propone en *Tóp.* I.2,101a34-b4<sup>6</sup>.

En la dialéctica, una *tesis* (*Tópicos* I 11) es una suposición (*hypólepsis*) paradójica (104b19) que sostiene alguien bien conocido en el terreno del conocimiento (*katà philosophían*) (104b22-24). El carácter paradójico de una tesis no se restringe al hecho de que ella formula afirmaciones extravagantes. También constituyen tesis genuinas aquellas afirmaciones contrarias a las que sostiene un grupo reputado (e.g. los sofistas), en tanto ellas se apoyen en buenos argumentos y cabe la posibilidad de que sean correctas. Esto nos hace suponer que las disputas del estagirita con las posiciones de sus predecesores pueden entenderse como *exámenes de tesis*, y, en tal sentido, ellas pueden representar *ejercicios dialécticos dirigidos a la investigación*.

El rasgo de las prácticas dialécticas puesto aquí en juego le permite a Aristóteles sostener que una tesis posee siempre el carácter de un *problema* (104b29), aunque no se dé la inversa (104b29-30). Una tesis es un problema dialéctico ya que, como un problema de este tipo (104b1-17), representa una consideración (*theórema*, 104b1) cuya característica dialéctica reside en que sobre lo que se sostiene existe *discrepancia*, o sea, se registran *opiniones opuestas* en casos en donde no hay una opinión mayoritaria, o la mayoría opina de manera contraria a los entendidos, o existe discrepancia dentro del mismo círculo de los expertos (104b3-5). Esas tres opciones delimitan el campo general de disensos doxásticos posibles, y ponen de manifiesto, asimismo, el rasgo comunitario y la relevancia o el talante epistémico que caracteriza a aquellas creencias a las que se aplica la dialéctica, ya que se trata precisamente de creencias que el dialéctico evalúa en términos del apoyo de *razones* que a favor de ellas se aducen o de razones de que las creencias carecen en su pretensión de imponerse sobre otras. Pero lo más relevante para nuestra discusión acerca de la función de la dialéctica en la epistemología de Aristóteles es que un "teorema" (una consideración) cobra estatus dialéctico cuando existe *disenso doxástico*; y, así, la consideración se aplica necesariamente a un problema o a una tesis. Ahora bien, Aristóteles destaca al comienzo de *Tópicos* I 11 que el disenso tiene un carácter dialéctico cuando las opiniones sostenidas por las partes en disputa son efectivamente *plausibles*. En efecto, la *credibilidad* distingue a las proposiciones en su peculiar carácter *dialéctico*. Así, y dado que una consideración dialéctica es aquella que se hace sobre un tema que puede dar lugar a opiniones encontradas, la proposición dialéctica puede formularse en términos interrogativos, a través de los cuales se recojan las opciones doxásticas contrapuestas. Por eso, Aristóteles califica la proposición dialéctica como una *erótesis endoxos* (104a8-9), una *pregunta plausible*, con la estructura sintáctica "o bien *p* o bien no *p*" (101b32-33)<sup>7</sup>.

La falta de toda restricción genérica y temática en la consideración dialéctica se pone de manifiesto en la misma clase de delimitación formal de su objeto de discusión: la dialéctica puede razonar acerca de *todo lo que se proponga* (100a19); y las dos únicas acotaciones a ello apuntan que lo propuesto debe tener el carácter de un *problema* y resultar, en principio, *plausible*

(100a19-20). Más adelante, Aristóteles dirá que el aspecto común a los argumentos (*lógos*) y a los razonamientos (*syllogismós*) reside en aquello de donde parten formalmente uno y otro, la *proposición (prótasis)* y el *problema (próblema)*, respectivamente. Pues toda proposición y todo problema tienen el significado formal<sup>18</sup> de alguno de los cuatro predicables: género, definición, propio y accidente (4, 101b11-25). Para nuestro tema, este aspecto semántico de la proposición pone en evidencia nuevamente la falta de restricción temática, peculiar de la dialéctica, pues los libros centrales de los *Tópicos* se proponen fijar y clasificar los tipos de argumentos destinados a establecer o refutar toda clase de proposiciones desde el único punto de vista formal aquí relevante, precisamente el dado por los predicables.

Teniendo en cuenta lo anterior, resulta de alguna manera desencaminado plantear una oposición concerniente al origen del carácter endoxástico de las opiniones, buscando la fuente de dicho carácter en la credibilidad que a ellas alcanzaría *externamente* a partir de la aceptación por parte de quienes las sostienen, o, por el contrario, atribuyéndoles tal carácter como resultado de la verosimilitud o probabilidad *intrínseca* que les cabría por el hecho de hallarse, en cierto sentido, próximas a la verdad<sup>19</sup>. Pues lo peculiar de un *éndoxon* reside en que la *aceptación del mismo no es ajena al proceso de justificación racional de la opinión*. De tal manera que lo que llega a ser creíble es necesariamente el resultado de un proceso donde se examinan los títulos racionales que tal tesis puede presentar, y la examinación de tales creencias es precisamente dialéctica en la medida en que analiza tales títulos, un análisis que no puede consistir meramente en comprobar la consistencia formal entre las opiniones exhibidas, sino que debe involucrar un examen de la *plausibilidad* de las razones que sustentan a tales creencias. En resumen, el *contenido racional* de una proposición dialéctica se formula *sólo en el proceso de justificación*. En virtud de ello, el *carácter endoxástico de las creencias dialécticas no es independiente de la admisión* que ellas alcanzan por parte de los agentes racionales de la comunidad.

Por último, una sucinta indicación sobre la selección de premisas que incluyen conocimientos científicos. Al parecer, las creencias vulgares no son, en principio, incompatibles con los conocimientos especializados, y el examen dialéctico no rechaza los resultados de las ciencias ni los excluye de su ámbito de análisis. Esto se pone de manifiesto en la sencilla formulación de la tercera fuente desde donde provienen las proposiciones admisibles en la selección dialéctica: “cuantas opiniones son elaboradas según las técnicas” (*Top.* 105b1). Lo que deseo poner de manifiesto es que si bien la dialéctica no discute, al nivel científico, opiniones especializadas, Aristóteles reconoce que son también susceptibles de considerarse con un *interés* y una *metodología* dialéctica las opiniones que alguien formula apoyándose en teorías y resultados científicos o técnicos. La diferencia entre la ciencia y la dialéctica atañe a sus intereses dispares, pues la investigación científica se conduce metodológicamente según un parámetro *veritativo (kat' aléitheian, 105b30)*, o sea, la investigación que se plasma en una teoría científica se justifica o discute de acuerdo con su capacidad para considerar aspectos causales relevantes de un hecho, y es *en relación con el mundo objetivo* que se examinan sus enunciados. Mientras que el mismo conjunto de conocimientos puede considerarse de otro modo, dialécticamente, cuando se los examina *en relación con las opiniones (pròs dóxan, 105b31)*, particularmente en relación con las opiniones que cristalizan en las proposiciones susceptibles de ser seleccionadas dialécticamente, entre las cuales pueden contarse, en este caso especialmente, otras opiniones

científicas que la dialéctica puede, quizá, dedicarse a compulsar con resultados científicos firmemente establecidos. Parecería indispensable que el dialéctico disponga, en este último caso, de conocimientos especializados; y quizá no hay que rehuir este cruce entre conocimiento vulgar y especializado por el afán de preservar el carácter doxástico de la dialéctica. Pues si la teoría y la práctica dialécticas son consistentes en este punto, es posible explicar la utilización de la dialéctica en numerosos contextos científicos considerando que la dialéctica provee a la práctica científica, particularmente en la instancia de descubrimiento de principios, una técnica argumentativa que, como sugerí y trataré de sustanciar a continuación, resulta apropiada al objeto (los principios científicos). Aristóteles fija una distinción *metodológica*, vinculada con el *interés epistémico*, entre un tratamiento que se conduce *en orden a la adquisición de conocimiento científicamente elaborado* (*pròs philosophían*, 105b30), y otro que se lleva adelante *en orden a "razonar acerca de cualquier problema que se proponga"* (proposición dialéctica) (I 1, 100a2-3). Pero la aplicación de la dialéctica o su utilización científica exige que la dialéctica esté en condiciones de examinar tesis especializadas.

### 3. El uso científico de la dialéctica y el descubrimiento de los principios

Si lo que acabo de sugerir es correcto, no puede ya sorprendernos que el tercero y fundamental uso de la dialéctica haga lugar a la verdad (*Top.* I 2, 101a36). Es cierto que de "verdad" no se habla ni en el primer uso –aquel que meramente atañe a la ejercitación (*gymnasia*, 101a27), y en el cual se trata sólo de disponer de un método argumentativo para abordar cualquier tema propuesto (101a29-30)–, ni en el segundo –el relativo a las conversaciones (*énteuxis*, 101a30), en general, es decir, el que se realiza cuando inventariamos las opiniones de la mayoría a fin de estar en condiciones de discutir a partir de las creencias propias de aquel a quien examinamos, y, entonces, modificar (*metabíazein*) lo que nuestro examinado no dice correctamente (*mè kalòs légein*, 101a33-34), o sea, hacerle cambiar su aseveración cuando ésta se halle en contradicción con aquello aceptado por él mismo previamente (101a30-34)–. El tercer uso atañe, en cambio, a la verdad, no obstante en el capítulo primero del libro I Aristóteles ha insistido en que las cosas plausibles, de las que parte un razonamiento dialéctico, no son equiparables al estatus epistemológico por el cual la credibilidad (*pístis*) de ciertos enunciados es independiente de su aceptación por parte de agentes epistémicos respectivos, puesto que la *pístis* que éstos provocan en un agente epistémico descansa en el hecho de que son verdaderos y primeros (100b1), lo que constituye una clara alusión a los principios científicos. Para entender el propósito y el alcance del tercer uso de la dialéctica es importante dar cuenta de que allí esta práctica argumentativa se asocia al método *diaporemático* (*diaporèasai*, 101a35), el cual se describe en el mismo pasaje como un procedimiento a través del cual se alcanza a distinguir más fácilmente lo verdadero de lo falso en cuanto se despliega una dificultad en ambos sentidos (101a35-36).

Hemos visto que la dialéctica no rechaza ni es indiferente al valor de verdad, que puede examinar, a su modo, tesis verdaderas o falsas, aunque su examen no se dirige al valor de verdad, sino a lo que podríamos llamar *valor de coherencia*. Si los *Tópicos* mantienen una teoría consistente de la dialéctica, y si Aristóteles no ha cambiado súbitamente de opinión acerca del interés y las restricciones de la dialéctica mientras está caracterizando en pocas líneas la aplicación científica de la dialéctica, el pasaje a continuación, 101a36-b4, debería entenderse como una aclaración sobre el resultado que se obtiene de la aplicación del método diaporemático

apenas antes introducido, y debería ser consonante con el valor de coherencia que privilegia el examen dialéctico, aunque también habría que considerar el valor de verdad que se halla incorporado en este examen mediante la selección de proposiciones provenientes de las ciencias. Diaporemáticamente debe ser posible obtener los primeros principios, sin con ello reemplazar ni la función demostrativa ni el estado epistémico que alcanza el científico que los aprehende y aplica en una determinada explicación, y al que alude *Analíticos Segundos* II 19 como la *nóesis* de los principios. La *nóesis* de los principios constituye el resultado epistémico del proceso de análisis científico de una proposición a través de otras proposiciones explicativas; no es, en cambio, una “intuición intelectual” que provee una certeza inmediata acerca de la verdad de los principios, de los cuales se deducirían todos los teoremas de una ciencia, que se justificaría definitivamente por esa misma vía deductiva. Los principios científicos se obtienen, para Aristóteles, como resultado del análisis cuando se alcanzan, por ese mismo procedimiento analítico, premisas inmediatas, o sea, premisas para las cuales no hay ya otra proposición cuyos términos puedan explicar a los de la premisa primera. Los principios son aquí los elementos explicativos ya no más analizables del procedimiento que tiene su punto de partida en la inducción y en el establecimiento empírico de proposiciones generales. Las premisas con fuerza explicativa que funcionan como principios son, entonces, proposiciones silogísticas empíricamente verdaderas. La intelección de los principios, alcanzada a través de la paulatina generalización a partir de las percepciones sensibles, queda ahora ligada al proceso mismo de *análisis* en que puede decirse que consiste dicha generalización. Como resultado final —pero no definitivo, dada la falibilidad de nuestras inducciones— de ese proceso analítico, obtenemos el conocimiento de cosas que resultan *por sí mismas* más inteligibles, no meramente más inteligibles *para nosotros*<sup>10</sup>; y como producto del mismo proceso se alcanza un estado epistémico que es, precisamente, la intelección, el conocimiento del análisis lo más completo posible del hecho inicialmente sujeto a explicación. Esto, sintéticamente, es lo que, para Aristóteles, es la *epistème*, la comprensión de un hecho a la luz de sus principios explicativos<sup>11</sup>.

Utilizando los únicos puntos de partida dialécticamente disponibles —las *éndoxa* (*Top.* I 1, 100a30)—, el uso científico de la dialéctica parece consistir en “discurrir” (*dielthein*, 2, 101b2) sobre los principios propios de las ciencias particulares de una manera que ellas mismas, precisamente en cuanto parten de esos principios al formular las demostraciones, no pueden hacer (101a37-39). Al final de este pasaje se reafirma el rasgo inespecífico de la dialéctica, vigente también en su aplicación a los principios propios de las ciencias particulares. El razonamiento diaporemático no consiste en *demonstrar* propiedades pertenecientes a un género de objetos determinados; la inespecificidad de las premisas dialécticas se torna en un factor positivo en orden a *discurrir* sobre los principios, y, puede conducirnos a *todos* los principios (101b2-4). Por consiguiente, parecería existir una relación entre la *inespecificidad* de las premisas dialécticas y su capacidad de tratar *todos* los principios específicos. Cuál puede ser exactamente aquí el significado de “todos los principios”, es una de las cosas que genera controversia; o sea, si se trata de alcanzar principios *comunes*, válidos por sobre *todas* las demostraciones, o si, en cambio, se asevera allí que la dialéctica puede contribuir a obtener los principios *propios* de *cualquier* ciencia particular, dada la inexistencia de restricción genérica de las tesis que esta

práctica argumentativa selecciona como premisas a examinar. Naturalmente, plantea también una dificultad, estrechamente ligada a la alternativa anterior, cuál sea exactamente la acción epistémica a la que alude el vago “discurrir sobre los principios”. ¿Se trata de discutir sobre ellos, analizarlos, quizá, desde el punto de vista de su coherencia con las consecuencias que de ellos se derivan –lo que representaría un aspecto del método de análisis dialéctico, desarrollado como parte del método hipotético ya prescripto por Platón en el *Fedón* (101d-102a)-; o bien de lo que se trata es de una tarea diferente, asociada al aporte que realizan las creencias plausibles a la obtención de principios científicos, en la medida en que tales creencias configuran el marco de interpretación general de los hechos y de los fenómenos perceptivos a partir de los que el científico tiene que llegar inductivamente hasta los principios (*Analíticos Primeros* I 17)?

Propongo aquí que exploremos qué resulta si el uso científico de la dialéctica se entiende en la dirección delineada por las segundas opciones que acabo de perfilar en el párrafo anterior. Si esto es así, la dialéctica no trataría de principios que están por encima de los de las ciencias particulares, principios *comunes*, como los que ella puede alcanzar, según *Analíticos Segundos* I 7, 77a29-30, es decir, principios como el de no-contradicción. En la teoría de los *Tópicos*, en general, y –lo que no puede pasarse por alto– en gran cantidad de aplicaciones del método diaporemático que encontramos en diversos tratados del estagirita, los principios a los que parece acceder la dialéctica son los *propios* de las ciencias particulares, aquellos que los silogismos demostrativos de tales ciencias no pueden demostrar, en cuanto que parten de ellos, y cuyo dominio está constituido, ante todo, por las *definiciones*. A fin de llevar a cabo ese “discurrir”, que Aristóteles resalta en el texto de *Tópicos* como “lo más propio de la dialéctica” (101b2), es necesario proceder siempre recurriendo a opiniones plausibles (a través de *éndoxa*, *dià endóxon*, 101b1). Para finalizar, trataré de mostrar en qué puede consistir tal procedimiento dialéctico, considerando un texto representativo por su mismo carácter metodológico, me refiero al comienzo del libro sobre las aporías de la *Metafísica*, que plantea la utilidad del procedimiento diaporemático. Mi hipótesis será, entonces, que dicho procedimiento representa la manera concreta en que la dialéctica contribuye a elaborar la base de las ciencias en la tarea científica de descubrimiento de los principios.

#### 4. El método diaporemático

En *Metafísica* III 1, 995a24-995b3 hallamos una aplicación del método diaporemático a la filosofía primera, la ciencia buscada (995a24-25), que en el libro primero ya fuera delineada como una *epistème* de las causas y principios primeros. Asumiré aquí, ya que no puedo discutirlo, que las tesis metodológicas que aquí expresa Aristóteles sobre la filosofía primera valen, *mutatis mutandis*, también para los principios de las ciencias particulares<sup>12</sup>. Este método es pertinente y se halla justificado en su implementación en cuanto existen aporías (995a25); y éstas no pueden descubrirse ni, por ende, resolverse (*euporêsai*, 995a27), sin prestar atención a las controversias delimitadas por las opiniones discordantes de quienes han considerado las cuestiones respectivas (995a26). La prescripción más general del método indica que necesariamente hay que realizar un adecuado repaso previo de las dificultades para hallar la solución o salida (*ésti de tois euporêsai bouloménous proúrgou tò diaporêsai kalôs*, 995a27-28), pues la salida es la solución que sigue a lo que antes suscitaba dificultad (*he gàr hýsteron euporía lýsis tón próteron aporouménon estí*, 995a28-29). Por consiguiente, el método se halla

justificado internamente, por así decir, ya que existen dificultades acerca de un tema, sólo analizando y resolviendo las cuales puede formularse una solución fundada y correcta acerca del mismo. Si bien las dificultades son objetivas, sólo se descubren mediante un análisis exhaustivo de las soluciones discordantes que se han propuesto por parte de quienes integran la lista de los que definen el estado de la cuestión; y la solución debe, por consiguiente, dirigirse a la aporía objetiva, pero, dado que dicha solución se formula sólo mediante la consideración de las opiniones dispares precedentes, ella debe incluir, de distintas maneras, tales opiniones previas, conservando de ellas lo que sostienen correctamente y no incurriendo en los errores que nuestros predecesores han cometido (XIII 1, 1076a12-16).

Si bien las aporías son objetivas, no son un hecho más del mundo. Las aporías delimitan nuestros problemas epistémicos con relación a aspectos de la realidad que, por diversas razones, nos resultan dificultosos y que, en virtud de que no se trata de dificultades espurias, no pueden resolverse inmediatamente a través de procedimientos como el de una simple corrección en la percepción de una cosa. Una aporía es una dificultad que surge de la peculiar relación epistémica que los hombres mantienen con ciertos aspectos especialmente importantes de la realidad que no nos resultan inmediatamente accesibles. Relativamente a tales aspectos de la realidad, nuestra única herramienta de trabajo son los razonamientos; y éstos son piezas de un tipo que sólo se corrige mediante el reemplazo por otras piezas del mismo tipo. De allí que la solución a las aporías sólo pueda alcanzarse mediante un nuevo razonamiento, que representa un nuevo intento de solución formulado necesariamente a partir y sobre la base de las dificultades descubiertas por las soluciones anteriormente propuestas. Por eso Aristóteles sostiene que la salida adecuada que nosotros podamos aportar no es sino la solución de lo previamente aporético (III 1, 995a28-29); y, un poco más adelante, él anota que no es posible buscar una solución sin haber reconocido previamente la aporía (995a34-35). Él concluye advirtiéndolo que, dada la vinculación necesaria que mantenemos con los planteos aporéticos de nuestros predecesores para descubrir la dificultad y solucionarla, resulta necesario considerar previamente todos los problemas (995a33-34) a fin de saber en qué consiste la aporía de la cosa —no saben a dónde dirigirse quienes no conocen las dificultades planteadas por los que han hecho consideraciones sobre cierto problema dado (995a35-36)—; y, naturalmente, a fin de saber si la solución que se cree haber hallado constituye una genuina solución al problema (995a36-b1).

La última línea del pasaje retrotrae el método diaporemático a la caracterización inicial de la utilidad científica de la dialéctica de *Tópicos* I 2 (101a34-36), pues Aristóteles compara aquí (*Metafísica* 995b2-4) a quien mejora su estado epistémico conociendo las dificultades descubiertas por sus predecesores y las que existen en las controversias que ellos mantienen entre sí, junto a las soluciones por ellos mismos propuestas, por un lado, con la situación de quien, habiendo tomado conocimiento de las razones de las partes en litigio, está en mejores condiciones epistémicas para emitir un juicio fundado y acertado, por el otro. El juicio emitido hace que, entonces, su acierto esté indisolublemente ligado al apoyo que surge de tomar en consideración las razones de cada una de las partes, lo que permite corregir errores y aprobar lo correcto. Esto es básicamente lo mismo que Aristóteles tiene en cuenta en el texto de *Tópicos* recién citado, cuando sostiene que veremos acabadamente y más fácil lo verdadero y lo falso en cada cuestión procediendo diaporemáticamente (*diaporêsai*, 101a35), es decir, examinando los

razonamientos contrapuestos que preexistan o que nosotros mismos podamos plantear de nuestra propia cosecha. Esto puede también explicar esa clase de “puesta en evidencia suficiente” que en la *Ética a Nicómaco* VII 1, 1145b3-8 consiste tanto en resolver las dificultades objetivas como también en establecer firmemente las opiniones admitidas sobre la cuestión.

Los principios de las ciencias constituyen, por excelencia, aspectos de la realidad que presentan aporías ya que un principio es lo que Aristóteles llama algo más conocido en sí, pero menos cognoscible para nosotros. De ello da testimonio la existencia de posiciones dispares entre los expertos. Desde un punto de vista dialéctico, tales posiciones discordantes pueden considerarse como creencias plausibles en disputa. La única manera de ofrecer una solución solvente, en este caso, reside en examinar exhaustivamente las dificultades. Al practicar ciencia, en muchos de sus tratados, Aristóteles muestra esta utilidad de la dialéctica recurriendo a las creencias más plausibles en contextos como el de *Física* I, donde se trata de obtener los principios de las entidades naturales. Él recurre allí a las opiniones de sus predecesores en cuanto ellas delimitan el marco conceptual del problema y encuadran la experiencia perceptiva de los hechos que un científico puede hacer en cuanto él se halla inmerso en un marco conceptual que históricamente determina cierto campo de conocimiento. Esas creencias plausibles, que se refieren a los fenómenos relevantes y los integran en nuestra comprensión de los hechos, contribuyen a formar la base empírica o la experiencia particular que resulta necesaria para inducir los principios propios, como se exige en *Analíticos Primeros* I 30, 46a17-18. La dialéctica es útil en dicho contexto de descubrimiento porque lo que hay de verdadero en las creencias sobre los hechos a explicar debe incorporarse, siendo demostrado, en el cuerpo epistémico.

---

## Notas

<sup>1</sup> G. E. L. Owen, “*Tithénai tà phainómena*”, en Suzanne Mansion (ed.), *Aristote et les Problèmes de Méthode*, Louvain-La-Neuve, 1980<sup>2</sup>: 83-103

<sup>2</sup> Martha C. Nussbaum, *La fragilidad del bien*, Visor, Madrid, 1995. 315-341.

<sup>3</sup> John J. Cleary, “*Phainomena* in Aristotle’s Methodology”, *International Journal of Philosophical Studies* 2 (1994): 61-97

<sup>4</sup> Naturalmente, habría que señalar numerosos matices entre los autores a que aludo en el texto. No pretendo subordinar ahora forzosamente las propuestas de otros autores (J. M. Le Blond, Jonathan Barnes, Wolfgang Wieland, Robert Bolton, Robin Smith, Allan Bäck, May Sim, Wolfgang Detel, entre otros) a las tres opciones que menciono. En cualquier caso, no tengo espacio aquí para entrar en este tipo de consideraciones detalladas acerca de la crítica del problema.

<sup>5</sup> Terence Irwin, *Aristotle’s First Principles*, New York, 1992 (1988): cap. 2.

<sup>6</sup> No es mi propósito aquí ni tengo espacio para considerar las variantes interpretativas que existen tanto sobre la teoría dialéctica de Aristóteles como sobre la aplicación de la dialéctica en distintos tratados. Para apoyar lo que digo en el texto acerca de la influencia que le corresponde a la explicación de los conceptos y aspectos más técnicos de la dialéctica aristotélica sobre la interpretación general de la posible incidencia de la dialéctica en las tareas científicas de descubrimiento o justificación de los principios, baste aquí con mencionar que distintos autores han formulado dispares interpretaciones sobre la utilidad científica de la dialéctica precisamente a partir de sus descripciones más puntuales referidas a aspectos que conforman la parte más técnica de este arte de la argumentación. Entre los componentes técnicos que se interpretan de diversa manera destacan el recurso a creencias máximamente aceptadas con el objetivo de examinar una tesis; la relación entre la tarea “probatoria” (*peirastiké*) —cf. *Refutaciones Sofísticas* 2 y 9— aplicada a tesis, por un lado, y el descubrimiento de principios de que se habla en *Top.* I 2 en alusión a la “examinación” (*exetastiké*, 101b3) que conduce a los principios, por el otro; además, naturalmente, también se incluye la vieja cuestión atinente a lo que da credibilidad o plausibilidad a las *éndoxa*, si su aceptación externa o su verosimilitud interna, tal como ya lo planteara Le Blond. Tanto Smith como especialmente Bolton se preocupan por explicar y describir el procedimiento dialéctico para

sostener cuál es la incidencia de esta técnica en la ciencia, llegando cada uno a conclusiones diferentes. Robert Bolton, "The Epistemological Basis of Aristotelian Dialectic", en *From Puzzles to Principles? Essays on Aristotle's Dialectic*, en M. Sim (ed.), Lanham, Maryland, 1999: 57-105, esp. 66ss; Robin Smith, "Dialectic and Method in Aristotle", en M. Sim 1999: 39-55. La gravedad de las discrepancias que existen actualmente se plasma en una de las tesis de Smith (1999: 40), quien plantea que la interpretación del aporte de las *éndoxa* descansa en una seria malinterpretación acerca de lo que es un argumento dialéctico y de cuál es el objetivo de los *Tópicos*. De allí la necesidad de prestar atención nuevamente a este tratado.

<sup>7</sup> *Top.* I 4, 101b32-33. *póteron ... è ouí*. Jacques Brunschwig, *Aristote, Topiques* (Livres I-IV), Texte établi et traduit par J.B., Paris, 1967: XXV, señala que "p" está por una proposición simple.

<sup>8</sup> Los cuatro predicables pueden entenderse como una caracterización "formal" del significado del predicado proposicional o de la proposición (*Top.* I 4, 101b17-18), en la medida en que no clasifican materialmente el género de cosas dichas, no atañen a cuál es el concepto bajo el que se subordinan ciertos predicados ("hombre", bajo "animal"; "rojo", bajo "color", etc.), sino a la clase de determinación que indica el predicado "animal" en relación con el sujeto "Sócrates", en ese caso, una determinación genérica, mientras que el mismo predicado puede significar formalmente otra cosa dicho de un sujeto diferente, por ejemplo, "vegetal" no indica el género de una cosa roja en cuanto roja, sino que puede significar un accidente.

<sup>9</sup> La alternativa entre extrínseco e intrínseco fue planteada ya por J. M. Le Blond, *Logique et méthode chez Aristote*, Paris, 1970<sup>2</sup>: 9ss.

<sup>10</sup> *Ph.* I 1 describe este proceso en términos de división (*diareí*, 184b3,) en sus elementos particulares del conjunto, inicialmente aprehendido de manera indeterminada (*hólon* [...] *adioristos*, 184b2). Los "particulares" (*ìà kath'hékasta*, 184b3) de que se habla allí no son individuos, como tampoco lo "general" (*kathólou*, 184a25, a26) de que se parte es un universal, sino que se trata del proceso de análisis de un hecho que nos resulta más cognoscible por su cercanía y accesibilidad sensorial, y que llega hasta los elementos, que son principios explicativos (184a13-14) de ese hecho.

<sup>11</sup> Wolfgang Detel, "Descartes und der wissenschaftliche Fundamentalismus", en *Descartes im Diskurs der Neuzeit*, W. F. Niebel, A. Horn und H. Schnädelbach (eds.), Frankfurt am Main, 2000: 230-258.

<sup>12</sup> Esta tesis es parte del monismo metodológico que atribuyo a Aristóteles. John Cleary, *Aristotle and Mathematics. Aporetic Method in Cosmology and Metaphysics*, Leiden/New York/Köln, 1995. cap. 4, analiza la aplicación del método diaporemático en metafísica y matemática, y sostiene que dicho método es el mismo que se utiliza en ciencia natural; también afirma que el aporte de la dialéctica reside en el camino *inductivo hacia* los principios.